

## La Casa del Diablo

María Melba

1

Desde el principio , ahí justo , donde nada termina ni empieza, si acaso retrocede en angustiantes estados de descomposición , desde el principio jamás supe quien fui, ni me importaba mucho saberlo pero siempre huía de mi propia sombra, aunque eso lo se ahora, nunca antes me había dedicado tanto a saber quien era, tan solo a saber quien jamás llegaría ser.

Sabía qué rechazar, de lo que escupir, lo que huir, con la fuerza suficiente para no retroceder y con la voluntad necesaria para no mirar hacia atrás...

Así que eso hacia, esconderme de mí, en mí, negando cualquier vinculo con lo que me rodeaba.

Antes como hoy me doy el mismo paseo, sola hacia cualquier burdel. Ahora ya no hay miedo en mi cuerpo como antaño, me he levantado e incluso he sonreído; debe ser el habito, debe ser el cariño que cada quien provee a su propia existencia, debe ser que a pesar de muchas contradicciones lo pase bien, encamada a cualquier lugar donde el libertinaje se concluyera con risas, champán, una charla, una compañía y un bolso cualquiera cargado de dinero.

2

Deberían ser cerca de las siete de la tarde, quizá más noche... quizá no. En realidad no importa. Lo único que importaba cuando entramos en el salón eran las trompetas que sonaban por encima de la guitarra. Lo que primero se percibe al entrar, después de la banda, es el humo del cigarro. La luz roja y el olor de la gente que se embriaga ahí, que a decir verdad no era mucha, pero lo reducido del lugar lo hacía parecer más. Las mujeres se detienen en la barra y después de pedir alguna bebida femenina, se quedan mirando al resto del bar que se mueve lentamente en un baile casi hipnótico.

Que yo sepa el piñatero debe estar por ahí con alguna muchacha. La orquesta canta "Óigame Compadre, no deje el camino, por coger la verdea." Y el bullicio de las risas cómplices y de las proposiciones indecentes, son como un soplo al oído. Él pide una cerveza, y yo, la acostumbrada bebida femenina.

Mientras bebo, me vuelve a decir suavemente, que me ama. No lo entiendo... bueno no del todo, ya es la quinta vez que me lo dice esta noche, y apenas nos conocemos de dos días atrás... Cuanto más la repita, menos la entenderé, pero no importa. Me trato de sacar la idea de la cabeza cuando la orquesta se detiene abruptamente y un aplauso se escucha atronador, y antes de que el cantante pueda decir, que es hora de un descanso de quince minutos, la concurrencia de la pista de baile, ya esta pidiendo otra, otra, otra. La orquesta se rinde y comienza de nuevo: "En el barrio la Cachimba se ha formao la corredera."

Las putas de la barra me miran con recelo. No las culpo por que traigo a este dandy muerto. No, en realidad no tiene nada de especial éste bruto, aparte del Plymouth '56 y esta camisa preciosísima, en realidad es un muerto de hambre... como cualquiera de aquí. Es músico y dice que para un músico antes que la música esta la imagen, y yo no lo entiendo, bueno, le digo que sí, que esta bien. Es que hace tan solo dos días que lo conozco "El cuarto de Tula le cogió candela, se quedó dormida y no apagó la vela."

Cuando se acaba su vaso, yo apenas he probado del mío, y me dice tomándome de la mano, que necesitaba bailar... En realidad yo también lo quería, nunca había visto una orquesta tan buena... sobre todo el guitarrista. Pero sin siquiera haber probado bien la bebida, no me sentía cómoda dejarla entre tanta prostituta.

Cuando se lo digo, me dice sonriendo que si es que temo que se me confunda con una de ellas. Le digo que no, que siempre me pasa, incluso él de seguro, me había confundido con una cuando se me acercó. Deja de sonreír con ese bigotito fino sobre el labio, por que sabe que es verdad, sin embargo, no deja de insistir, tomándome de la mano, para saltar a la pista. Doy un trago largo trago a la bebida y la dejo sobre la barra, sintiéndome un poco mal (aunque en realidad, me contento conmigo misma cuando recuerdo que es él quien paga).

Me dejo arrastrar a la pista de baile, en donde en medio del mar de gente, donde difícilmente podríamos movernos como lo demandaba aquel son, comenzamos a mecernos pegados, muy pegados... Y abrazado a él, oliendo el tufo de humo que expedía su fina camisa... Era finísima... seguramente no la lavaría muy seguido por temor a que se estropeará el color o la tela... Olía a tantas cosas... Lo había olido anteayer, ayer por la madrugada, hoy mismo mientras dormíamos, y ahora otra vez... ese olor que encerraba tantos otros. Como me entretenía en sintetizarlos. Mientras el me metía mano, intentaba identificar y clasificar el olor de aquellos delgados puros que fumaba, el de su ligera colonia, el de mi propio perfume que ya se había embarrado por todo su cuerpo... aunque de vez en cuando me llegaba uno que no era mío.

La orquesta comienza un danzón instrumental por que el vocalista esta completamente agotado. Toda la pista de baile se mueve de un lado a otro, en medio del salón de la bruma, de los lejanos abanicos que lo único que hacen es revolver y mezclar, allá arriba, en el techo, los humos del cigarro... Y todo parece un solo cuerpo, una masa que se mueve con discreción propia de un cálculo individual. Y yo me siento soñada, no solo por que sabe que me encanta que me aprieten cuando bailo... sino por que sé que allá atrás, en la barra, todas las putas, mis hermanas, han de estar muertas, reverdecidas, podridas en envidia.

Suelto una risa. ¿Quién eres tú? Me pregunta al oído. ¿Quién eres?